

Villavicencio

II

La urbe capitalina del Meta, ciudad que goza de los encantos de la vida llanera y de las comodidades de la moderna civilización y movimiento, ofrece a la vista del viajero un aspecto sencillo y grave; no desnudo de cierta belleza retatada. Calles anchas tiradas a cordel, habitaciones de un solo piso con amplios ventanales y porciones a través de los cuales brilla el asco y el orden y el sentido se deleita con el espectáculo de los huertos interiores lozanos y plenos de perpetuo verdor, donde confunden sus copas el limonero y el aromoso malabar con los maracos y naranjos y a cuya sombra manos femeninas hacen brotar jardines no soñados.

La población—5.000 habitantes—pertenece en su totalidad a la raza blanca, descendientes de los antiguos españoles pobladores del llano, y de las actuales corrientes migratorias que van en busca de expansión y de trabajo que como en parte alguna, la naturaleza remuneradora con mano pródiga, distinguiéndose la colonia antioqueña por su resistencia y laboriosidad, y alcanzando los más altos coeficientes los hijos de Cáqueza y Quetame, colonos infatigables hechos a la lucha con la fortuna, en los ambientes más hostiles, diestros en domar las esquivaces y fragosidades del terreno y en convertir en prometedores plantíos las soleadas sabanas y las montuosas vegas. El *veguero*, tipo del trabajador honrado y rudo, es, en su mayoría, caqueceño.

La franqueza y el carácter altivo, emprendedor y hospitalario son nativos en los hijos de la Villa, y

la mujer, verdadera reina del hogar, se distingue por su honesto recato, no renido con cierto tinte acentuado de simpatía y atracción.

Desde la llegada de los Reverendos Padres maristas y la erección en Vicariato Apostólico, Villavicencio y el Llano todo, han progresado a ojos vistos. Hoy goza de magnífica imprenta donde se editan la *Gaceta del Meta*, órgano oficial de la Intendencia, y el *Eco de Oriente*, trisemanario de nutrida lectura e información, dirigido por el infatigable Padre Mauricio, insignie benefactor del Llano.

Eco de Oriente, que cuenta ya ciento treinta y seis números, representa una gran conquista en la lucha civilizadora, un auxilio invaluable en la educación popular y un vigía avezado que vela por el adelanto de la región oriental y que abre huecos inmensos en las sombras de la ignorancia, enemigas del progreso. También aquí el clero *ascurantista* se encargó de herir antes que otro, con el himno sonoro de la imprenta, que presta alas de luz al pensamiento, la serena virginidad de la selva!

A las RR. HH. hijas de la Sabiduría y a los RR. PP. fué confiada y con acierto de parte de la Junta Directiva, la dirección y administración del Hospital de Montfort donde los enfermos pobres son curados gratuitamente, y que el año pasado llegó a abrigar en sus salas 120 enfermos y suministró medicación a 334 no asilados.

El Banco San José que movilizó en el año postrero más de cuatro mil pesos oro, es otro prodigio del padre Mauricio, fruto del ahorro de patronatos y escuelas, cuya historia, que comienza en 1912, ha pasado por las diferentes fases de la institución; desde el simple depósito en talemantos hasta el moder-

no en que el cheque como vehículo principal, multiplica los valores y desarrolla el crédito.

Para las fruiciones del espíritu han instalado una empresa de cinematógrafo y un sencillo teatro donde el pueblo ocupa honestamente sus ocios y recibe enseñanzas objetivas de elevada moral y de vulgarización industrial y científica.

La simpática fiesta escolar del ahorro tiene, en Colombia, por padre al mismo misionero, quien la inauguró solemnemente en la ciudad de que hablamos, el 7 de febrero de este año. Ojalá tan noble iniciativa halle eco entre los educadores y tome carta de naturaleza en el país.

La ciudad cuenta con un magnífico acueducto que la abastece de agua, y da la suficiente para alimentar la planta eléctrica que distribuye la luz en el poblado y provee de energía algunas empresas fabriles. La avenida Salabrietta, sombreado camellón de 30 metros de ancho, lleva al fresco baño del Guatiquila, situado a un cuarto de hora del lugar.

Su presupuesto actual sube a la cantidad de cuatro mil quinientos cincuenta y ocho pesos oro, y se advierte que en el capítulo de gastos que asciende casi a igual suma, ocupan renglón mayor las obras urbanas y las vías de comunicación.

Situada en la puerta del Llano, emporio de todo el comercio de aquella rica y hermosa región con el interior de la República, Villavicencio está destinada, en día no lejano, a ser mediante el ferrocarril al Meta y la apertura de esa arteria fluvial a la libre navegación, el granero inextinguible de Colombia y una ciudad de primer orden en el rol de los centros industriales y agrícolas.

BERNABE RIVEROS.

vir en el ejército, cosa a que, como ya lo saben los lectores, tenía yo el horror más profundo. Juzgué, eso sí, que de guerra no se trataba por lo pronto, pues la ciudad, según los indicios que por donde quiera se me presentaban, estaba de fiesta. Las puertas y ventanas se veían decoradas con festones, coronas, banderas y gallardetes; la gente andaba endomingada y formando grupos, y cada individuo mostraba en su talante que estaba ó se proponía estar, de holgueta. Recordé, a mayor abundamiento, que en la noche anterior, había estado oyendo el traqueo de infinitos cohetes; y que en todas las últimas horas, las campanas de las iglesias habían estado á menudo echadas á vuelo. El soldado me llevó á la casa de un oficial, que según lo supe más tarde, era hermano de un dependiente de mi amo, y había ocurrido á este para que le permitiese servir-

se de mí en cierta fiesta nacional, que era la que se celebraba aquel día.

Sirvo a Cupido antes de servir a Marte

El oficial me hizo dejar en el patio de la casa y empezó á enviar al soldado á diferentes puntos á fin de conseguir arreos de montar, artículo del cual se hallaba desprovisto: de una parte vino el galápago; de otra la brida; de otra la gualdrapa, y de otra vinieron los estribos; pero otro oficial que llegó ya montado, hizo ver al primero que los arreos que le habían prestado estaban muy traídos y poco elegantes; y siguió la brega del soldado, hasta que se consiguió un galápago mejor y se adquirió certidumbre de que no era posible hacerse con brida, estribos y gualdrapa de mejor apariencia que los ya conseguidos. En equiparse, acicalarse y relamerse también empleó el oficial bastan-

te tiempo; pero siempre pudo montar, como se lo había propuesto, dos horas antes de aquella en que debía reunirse con jefes y tomar parte en la función que había de celebrarse.

Empleó aquellas dos horas en lucir su cabalgadura y su uniforme, recorriendo muchas calles, y pasando y repasando incansablemente por una en que se hallaba cierta ventana á la cual encontré asomada unas veces, y otras no, á una muchacha que debía de ser la señora de sus pensamientos.

Iba muy entonado y garboso (á lo menos así lo pensaba él mismo), con el cuerpo tieso y echado hacia atrás, con las piernas bien estiradas y con los pies abiertos y fuertemente apoyados en los estribos.

Por fin hizo rumbo á donde su deber lo llamaba y se detuvo á la puerta de un edificio en que estaban ya reunidos los más de los milita-